

## Introducción, propósito y advertencia

*¿Qué mágicas infusiones  
de los indios herbolarios  
de mi Patria, entre mis letras  
el hechizo derramaron?*

*Sor Juana Inés de la Cruz.*

Una necesidad ineludible de mi espíritu -creo que atávica- de hurgar en el pasado remoto de nuestro pueblo, en busca de raíces, identidades y respuestas capaces de revelarnos cuál fue el origen de los hechos que sirvió de hilo conductor en el proceso histórico de la nación mexicana, desde las antiguas civilizaciones prehispánicas, hasta los inicios de su vida institucional independiente, explica -si es que no lo justifica- la razón y el sentido de este libro.

“Es muy común -afirmaba el historicista francés Marc Bloch- que cuando las sociedades se hallan en una crisis de crecimiento o de rumbo, se pongan a dudar de sí mismas y se les vea preguntarse si han tenido razón de interrogar a su pasado, o si lo han interrogado bien”.<sup>1</sup> Por su parte, nuestro siempre admirado Octavio Paz, nos decía: “Así como el adolescente se pregunta ¿quién soy? los pueblos, en cierta etapa de su crecimiento se vuelven sobre sí mismos y se interrogan. México -seguida diciéndonos- después de tantos años debe hacer un recuento de aciertos y errores y diseñar una meta nacional, un destino; pero no desprovisto de ideología”, y parafraseando junto con él a Antonio Machado, habremos de admitir que “debemos volver a la fe poética, que no es menos humana que la fe racional, tratando de encontrar identidades en nuestra ineludible heterogeneidad”.<sup>2</sup>

Ahora bien, todas las generaciones tienen sus propias interrogantes y exigen las respuestas consiguientes para poder estructurar el tramo de historia que les corresponderá legar a las generaciones subsiguientes, pues como bien ha dicho Enrique González Pedrero “¿Cómo entender la historia que siguió, si no se entiende lo que pasó antes.”<sup>3</sup>

La mayoría de los historiadores mexicanos y extranjeros que han profundizado en el devenir político, económico y social de nuestro país, coinciden en que las ideas liberales

1 Introducción a la Historia. Pag. 10. FCE. 1952.

2 El Laberinto de la Soledad. Pag. 9. FCE. 1967

3 País de un solo Hombre. Pag. XLIV. FCE. 1993.

propuestas en diversas épocas por distinguidos personajes de nuestra historia, pueden considerarse como la línea ideológica que ha nutrido permanentemente a las instituciones nacionales hasta nuestros días, y no obstante que en algunos breves períodos no presidieron el destino de la Nación, permanecieron siempre en la conciencia de las grandes masas populares como símbolo de liberación y de progreso; de tal suerte que, identificadas con ellas y habiendo sido adaptadas a la realidad nacional, dieron origen, especificidad y sustento, a una corriente ideológica que acertadamente se ha dado en llamar: El Liberalismo mexicano. Esta corriente, integrada con particularidades derivadas de nuestro proceso histórico, estuvo presente, como divisa principal, en los tres grandes movimientos del pueblo mexicano: Independencia, Reforma y Revolución. En este último tomó matices sociales tan avanzados, que filosóficamente superaron la concepción individualista del liberalismo clásico.

Los nuevos requerimientos nacionales exigen profundas transformaciones sociales que no pueden surgir por "generación espontánea", ni por la extra-lógica imitación de otros paradigmas ajenos a nuestra circunstancia. Estas transformaciones tenemos que hacerlas los mexicanos, con nuestros propios potenciales de origen y raza, y conforme a nuestras experiencias, que sin duda las encontraremos en las lecciones del pasado. Para eso necesitamos entender lo que pasó, pues como nos enseñaba el ilustre mexicano don Jesús Silva Herzog: "El conocimiento de la historia de un pueblo, no puede separarse del proyecto de superarla".

Muchas de esas interrogantes quizás nos las respondan los personajes que dialogarán a lo largo de las páginas de este libro, pues en las distintas épocas que les tocó vivir, aportaron sus generosas ideas liberales, que en la mayoría de los casos les costó muy caro defender. A estos personajes, a quienes legítimamente pudiéramos llamar los "padres originales de nuestro liberalismo", los hemos hecho coexistir en una reunión ideal e imaginaria -no podría ser de otra manera- para que, en un diálogo abierto, expusieran y confrontaran entre sí, los principios o postulados que cada quien planteó en el momento histórico en el que participó.

En las intervenciones de cada uno de ellos podremos advertir cuáles fueron las ideas originales de nuestro liberalismo, así como las variantes posteriores, las incongruencias, las suplantaciones, los antagonismos y hasta las lamentables desviaciones que sucedieron después. ¡El desideratum es lo más rescatable!

Dejo la advertencia de que muchos de estos diálogos fueron tomados de sus propios discursos, libros, folletos, cartas, testimonios de personas que los escucharon, o de historiadores que los recogieron en admirables esfuerzos de investigación; otros fueron elaborados por el autor de este libro cuidando de respetar las propias líneas de pensamiento de cada personaje. La expresión oratoria o coloquial pretende corresponder al estilo o temperamento de cada uno de ellos. Al menos eso se intentó.

¿El ideal? . . . ¡Ah, el ideal! . . . es simplemente: UN MÉXICO SOCIALMENTE MÁS JUSTO.

H. C. G.

## Protagonistas

(Por orden de participación)

RELATOR: Un personaje anónimo.

MODERADOR: El espíritu de la patria.

DIALOGANTES:

DIÁLOGOS PRELIMINARES:

Fray Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra.

José María Luis Mora.

Lorenzo de Zavala.

PRIMERA ETAPA: LA DISPUTA DE AMÉRICA.

Fray Bartolomé de las Casas.

Francisco Javier Clavijero.

Fray Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra

José María Luis Mora.

Lorenzo de Zavala.

SEGUNDA ETAPA: EL VIRREINATO.

Lorenzo de Zavala.

José María Luis Mora.

Francisco Javier Clavijero.

Fray Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra

Fray Bartolomé de las Casas.

TERCERA ETAPA: PRIMEROS BALBUCEOS LIBERTARIOS.

José María Luis Mora.

Fray Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra.

Lic. Francisco Primo de Verdad y Ramos.

Fray Melchor Talamantes.

Lic. José Mariano Michelena.

CUARTA ETAPA: LA GUERRA DE INDEPENDENCIA.

Miguel Hidalgo y Costilla.

Lorenzo de Zavala.

Fray Bartolomé de las Casas.  
Lic. José Mariano Michelena.  
Lic. Francisco Primo de Verdad y Ramos.  
Fray Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra.  
José María Morelos y Pavón.  
José María Luis Mora.

#### QUINTA ETAPA: LA FALSA INDEPENDENCIA Y EL EFÍMERO IMPERIO.

Gral. Vicente Guerrero.  
Lorenzo de Zavala.  
José María Luis Mora.  
Fray Bartolomé de las Casas.  
Fray Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra.  
Lic. José Mariano Michelena.  
Miguel Hidalgo y Costilla.

#### SEXTA ETAPA: MÉXICO INDEPENDIENTE. EL FEDERALISMO.

Miguel Ramos Arizpe.  
Fray Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra.  
Lorenzo de Zavala.  
Lic. Francisco Primo de Verdad y Ramos.  
José María Luis Mora.  
Fray Bartolomé de las Casas.  
Miguel Hidalgo y Costilla.  
José María Morelos y Pavón.

## Diálogos preliminares

### RELATOR

**E**n un insólito recinto de la patria mexicana, suspendido en una dimensión sin tiempo y sin espacio, donde la noción del pasado, presente y futuro carecía de sentido, pues ante la infinitud del devenir universal todas las Edades eran contemporáneas, cuatro personajes dialogaban en el centro de un amplio salón, revestido de tal austeridad, que por sí mismo imponía respeto y rigorismo. Los altos muros, la inmensa cúpula y los extraños vitrales, le daban la severidad propia de una antigua capilla cartujana, o más bien, de un majestuoso cenotafio.

Por los altos ventanales penetraban, lo mismo los rutilantes rayos del sol, como los densos girones de niebla, que inexplicablemente se alternaban con rara frecuencia, evidenciando más su umbrosa irrealidad. Los sillones, de madera admirablemente labrada, con asientos forrados de piel, café oscuro y respaldos de singular esbeltez, estaban colocados formando un amplio semi-círculo que era rematado por una inmensa mesa, cuyas proporciones, tallado y adustez, revelaban que había sido diseñada para presidir eventos extraordinarios.

Uno de los cuatro personajes, a quienes los demás llamaban "El Moderador", y que por su indumentaria denotaba muy distinta procedencia, tomó asiento en la inmensa mesa, mientras que los otros lo hicieron en los sillones de respaldos altos. Aquél, con voz bien modulada, propia de quien sabe presidir reuniones, dijo:

### MODERADOR

Yo encarno el espíritu inmortal de la Patria Mexicana. Arrostro su aciago destino. En mis entretelas llevo, dolorosamente, el dramático itinerario histórico que ha tenido que transitar nuestra nación para alcanzar su identidad de país libre, independiente y soberano. Palpita en mi interior, con especial aflicción, el ancestral sufrimiento de nuestra raza, que fue escarnecida y sojuzgada, sin que en su padecer haya tenido culpa alguna; por ello abrigo la esperanza de su definitiva reivindicación. Si el sufrir es condición esencial de redención, ha sufrido tanto el pueblo mexicano que tiene bien ganada su compensación de felicidad.

Una vez aclarada mi representatividad, quiero agradecer al doctor José María Luis Mora, a don Lorenzo de Zavala y a fray Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra hayan aceptado mi invitación para concurrir a esta reunión, que aunque inusitada, tengo la certeza que será de gran interés para ustedes y para la Patria.

El objetivo de este encuentro, como ya lo había comentado con el doctor Mora, es hacer una revisión analítica sobre los orígenes del liberalismo mexicano, con el fin de que las generaciones postreras conozcan cuales fueron los ideales originales de los primeros liberales de México, que con sus generosos pensamientos, valerosas acciones y algunos con el sacrificio de sus vidas, despertaron en nuestro pueblo ansias legítimas de libertad, dándole a la lucha por nuestra independencia, un sentido humanista y justiciero, que a la postre sería la fundamentación social de un liberalismo conciliado con la realidad mexicana, que a su vez desembocó en un republicanismo democrático y en el ideal federalista.

Para este efecto, consideré conveniente convocarlos, en primer termino, a ustedes tres, porque, aparte de que compartieron juntos algunos importantes tramos de la vida nacional, cada uno por su lado, en diversas circunstancias, demostraron su profundo patriotismo y escribieron sendas obras relacionadas con algunas etapas de nuestra historia, que son precisamente las que creo debemos analizar; además, participaron en la elaboración de la primer Constitución del México independiente defendiendo siempre los principios liberales contra la facción conservadora y monárquica, por lo que, históricamente, ustedes han sido considerados como los "Padres" del liberalismo mexicano; ahora bien, como no tenemos limitantes en ningún aspecto, les ruego me indiquen si creen conveniente invitar a esta reunión a otros personajes identificados con esos principios, y de ser así, háganme sus propuestas al respecto.

Puede usted hacer uso de la palabra fray Servando.

#### FRAY SERVANDO TERESA DE MIER

Distinguido Moderador: Con el respeto que merece su sublime representatividad, quiero agradecerle su honrosa invitación para integrar esta extraordinaria reunión, cuyos objetivos exaltan mis sentidos, porque me hacen recordar la pasión, que en su momento infundí a mis convicciones y las injustas desgracias que sufrí por defenderlas. Es cierto que compartí con el doctor Mora y con el señor Zavala algunos escauceos parlamentarios, pero con todo respeto quiero poner en claro, que ninguno de los dos puede competir conmigo, con la más mínima ventaja, en demostraciones reales del amor a la patria. En el curso de esta junta lo demostraré. Más, dejando a un lado estos remilgos y atendiendo su indicación, respetable moderador, quiero expresar lo siguiente: Nunca me ha gustado atribuirme paternidades que no son mías. Hago esta referencia porque, en estricta justicia, no creo que quienes participamos en las jornadas parlamentarias del primero y segundo Congresos Constituyentes, que se instalaron inmediatamente después de la consumación de nuestra independencia, merezcamos el relevante título de "Padres del Liberalismo Mexicano". Es cierto que a partir de entonces nuestro liberalismo empezó a tomar sus propias particularidades; pero no nació allí. Hubo otros liberales antes que nosotros. Es decir, los perfiles humanistas de libertad y protección a los derechos naturales del ser humano fueron propuestos desde la época de la Conquista de México, cuando un grupo de admirables religiosos se erigieron en protectores de

los indios y se opusieron, enérgicamente, a las ansias esclavistas y devastadoras de los conquistadores. El más apasionado de ellos fue el ilustre dominico fray Bartolomé de las Casas, a quien propongo se le invite a esta reunión como representativo de esa notable falange de Cristo, que desde los albores del siglo XVI aplicaron aquí en el Nuevo Continente la doctrina cristiana con fines sociales, constituyéndose, en mi concepto, en los primeros liberales de América. Sería maravilloso escucharlo de viva voz, yo que tanto lo he admirado a través del tiempo y de sus obras.

Por otra parte, durante los 300 años de dominación española, cuya etapa hemos dado en llamar "la Colonia", hubo planteamientos similares, algunos de los cuales fueron plasmados en las Leyes de Indias, o en Ordenanzas Reales, y que, aún cuando no se cumplieron cabalmente, quedaron como preludeo del avance de las teorías jusnaturalistas, no obstante la oposición de los altos prelados de la Iglesia contra las corrientes sociales del "jansenismo" acaudillado por el eminente padre Gaspar de Jovellanos.

Cuando vinieron después los tiempos de la Ilustración, y la "razón" comenzó a sustituir el imperio del "dogma", dos eminentes jesuitas mexicanos: Francisco Javier Clavijero y Francisco Javier Alegre fundaron sus principios liberales en las humanistas enseñanzas de los merecidamente llamados "Padres de la Iglesia", al frente de los cuales destacaban con rutilantes luces, San Agustín y Santo Tomás de Aquino. Pues bien, yo propongo que también sea convocado para que se integre con nosotros, precisamente al padre Clavijero, quien a fines del Siglo XVIII, es decir, en 1779, escribió su obra titulada Historia Antigua de México, que constituye el más bello documento que se haya escrito en defensa de nuestros indios de América y de México. Esta obra la realizó durante su exilio en Bolonia, Italia, a donde fue desterrado con motivo del bárbaro decreto de Carlos III expulsando a los jesuitas.

En fin, también hubo connotados liberales en 1808 y en 1809, que fueron precursores de la guerra de independencia, y que fundaron sus propuestas en los principios - entonces en boga - de Rousseau, Diderot, Voltaire, Montesquieu y demás enciclopedistas de la Revolución Francesa, con los que yo nunca estuve muy de acuerdo, particularmente con Juan Jacobo, contra quien siempre alenté severas discrepancias que no es el momento de relatar. Entre estos liberales mexicanos que sufrieron graves consecuencias a causa de manifestar sus convicciones, podemos mencionar al abogado Francisco Primo de Verdad y Ramos, al también jurista, Juan Francisco de Azcárate, a fray Melchor de Talamantes y a don José Mariano Michelena; a todos ellos debemos de llamarlos para que comparezcan a relatarnos los términos de su participación en la época que les tocó vivir, y no se diga a los caudillos de la guerra de independencia, entre los que se distinguen los que dictaron bandos, decretos u ordenanzas con los perfiles de un liberalismo social que empezaba a despuntar en el horizonte político de México, entre ellos: Hidalgo, Morelos y Guerrero, que corresponden a las distintas etapas de esa lucha que duró once años.

Como pueden ustedes ver, antes de Zavala, de Mora y de mí, hubo muchos liberales que pusieron su grano de arena para construir el hermoso edificio de nuestras libertades. Todos ellos deben estar entre nosotros, sólo así tendremos la visión integral de la evolución real de nuestro liberalismo. Ya para concluir debo dejar sentada la advertencia de que antes de la llegada de Hernán Cortés a costas veracruzanas ya había una cultura liberal, que convertida en culto generoso, luchaba contra toda clase de esclavitud y sobre todo, contra la práctica de los sacrificios humanos. Entre los más conspicuos representantes de esa etapa, podemos señalar a Nezahualcóyotl, rey de Texcoco y a Quetzalcóatl, señor de Tula. En el Sureste, en pleno esplendor de la cultura maya, varios sacerdotes habían adoptado el culto humanista de este último, o sea el de la Serpiente Emplumada. Pero . . . percibo que me estoy metiendo en camisa de once varas. De todo esto sabe mucho más que yo el padre Clavijero. Ojalá logremos que nos acompañe y nos ilustre ampliamente en este aspecto.

MODERADOR

Puede usted hacer uso de la palabra doctor Mora.

JOSÉ MARÍA LUIS MORA

Tiene razón fray Servando, el liberalismo mexicano tiene más y mejores padres que nosotros tres. Yo secundo su propuesta de que se invite a participar en este encuentro extraordinario a los personajes que él mencionó, y a cualquier otro, que de alguna manera, haya defendido los principios liberales a través de nuestra historia en la etapa comprendida entre la Conquista y la posindependencia. ¡Me entusiasma vigorosamente la sola idea de poder dialogar personalmente, frente a frente, con los más egregios adalides de nuestra historia! ¡Cuánta dicha poder conversar con nuestros héroes! ¡Cuántas dudas se habrán de disipar! Por otra parte, mucho me preocupa el juicio que, a su vez, ellos se habrán formado de nuestra labor como constituyentes y del sistema federal que adoptamos como forma de gobierno para la República Mexicana.

LORENZO DE ZAVALA

Yo también estoy de acuerdo con las propuestas que se han hecho, pero agrego mi opinión de que los nuevos invitados se vayan incorporando uno a uno, siguiendo el orden cronológico de las distintas etapas de nuestra evolución histórica

MODERADOR

Me parecen muy interesantes y justas las propuestas de ustedes, por lo que me permito declarar un receso, estrictamente necesario, para hacer comparecer ante nosotros al mejor defensor que han tenido los indios en América: fray Bartolomé de las Casas.

## Primera etapa: La disputa de América

RELATOR

Dicho esto, el Moderador se puso de pie y bordeando el lado de la mesa, desapareció entre ráfagas de niebla. Los invitados se dedicaron a charlar amistosamente. Entre algunas expresiones picarescas, se escuchó una pregunta que le hizo don Lorenzo de Zavala a fray Servando: ¿Es verdad, o sólo fue un recurso retórico lo que usted dijo en un discurso contra Iturbide, de que en su tierra hay víboras que les roban la leche materna a los niños? "¡Es absolutamente cierto! -respondió el padre Mier-; mire usted; en Nuevo León hace un calor endemoniado en una época del verano que allá llaman "canícula", lo cual obliga a la mayoría de la gente del campo a dormir en el piso de sus casas, o en los patios; pues bien, hay una especie de víboras, no muy grandes, ni venenosas, que meten la cola en la boquita de los niños para que no despierten y luego se amamantan en el pecho de sus madres. Eso mismo nos quería hacer Iturbide; meternos en la boca el Plan de Iguala para adormecernos y luego robarnos la leche de nuestra libertad". Una sonora carcajada de los tres dialogantes retumbó en la inmensa nave del recinto. No se sabe cuanto tiempo transcurrió durante el receso; más, tratándose de una dimensión intemporal, el tiempo no era mensurable. Unos discretos golpes del mazete de madera sobre la mesa advirtieron a los presentes que el Moderador había tomado su lugar.

MODERADOR

A las puertas de este recinto se encuentra el venerable fraile dominico Bartolomé de las Casas esperando ser recibido por nosotros. ¡Hagámoslo con el respeto y veneración que se merece!

RELATOR

Al momento de presentarse fray Bartolomé en el salón unos rayos de espléndida luz procedentes de los ventanales del Oriente inundaron su figura. Ataviado con su típico hábito talar color café desvanecido, o decolorado; sus sencillas sandalias desgastadas y pobres; su cabeza tonsurada en la parte más alta, a la manera de las antiguas órdenes monásticas; el cordón anudado, ciñéndole la cintura y cayendo hacia el lado izquierdo, y su inseparable rosario de cuentecillas negras, con pequeños